

Capítulo 3 - - Luces pálidas

La Bluebell era una carraca antigua y sólida, su vela pintada del negro de la Guardia.

Tristán fue el primero en llegar, lo cual fue en su contra. Los marineros de guardia dormían en sus puestos, echados en cajas aún por cargar, y no habían recibido con agrado que los despertaran. Mucho menos había sido su agravio para su oficial, una anciana coja llamada Celipa, quien tuvo que ser sacada de su cama porque ella misma llevaba la lista de despacho.

"Pareces recién llegado de la calle, rata," le espetó con desdén.

"¡Tienes los ojos de un águila, tia," alabó Tristán con sonrisa encantadora. "Una rata soy, y como tal desapareceré silenciosamente en tu bodegón si me dejas."

Su humor no mejoró, y tampoco el de él, pues Fortuna ahora se reía en secreto tras su espalda.

"Si su nombre no está en la lista, tírenlo al mar," ordenó Celipa a sus hombres. "No me importa si le pelean primero. O si le ven la cara."

Por las sonrisas desagradables en los rostros de esos dos marineros robustos, tendría una paliza sangrienta si tuviera oportunidad. Encantador. Aún así era mejor que quedarse en la Marea, arriesgándose a que la Hoja Roja le pillara la cola. No se conformarían con unos moretones.

¿Quién te crees que eres, rata? —preguntó la anciana.

Tristán Abrascal, —sonrió con encanto.

Ella, nuevamente, mostró su desdén visible. Sus labios se contrajeron en una expresión venenosa mientras pasaba el dedo por la lista, lanzándole una mirada expectante, pero entonces se quedó inmóvil.

¿Está allí, sí? —presionó Tristan.

La anciana lo miró de arriba abajo, incrédula.

¿De quién es ese bastardo? —preguntó Celipa. "—Debes tener sangre en la negra."

Mi sangre está enterrada superficialmente, tia, —replicó Tristán, con una sonrisa afilada—. ¿Puedo subir a bordo o no?

La anciana resopló, pero él reconoció la fingida indiferencia en su expresión. Algo la había asustado.

Entonces, continúa —dijo Celipa—. En la bodega, puedes reclamar una hamaca si está en el suelo.

Muchas gracias —sonrió el ladrón.

Ella se volvió para escupir al agua del Bajo.

Si te veo intentando meterte en una caja, rata, recibirás la misma paliza que acabas de esquivar —advirtió la anciana.

No fue la bienvenida más cálida que Tristan hubiera recibido, pero estaba mucho de ser la peor. La carraca estaba mayormente vacía, su tripulación en la ciudad, pero un hombre armado lo señaló hacia las escaleras principales que conducían a la bodega, con una mirada desconfianza. Allí, unos pocos marineros dormían en catres, pero por lo demás solo había unas cuantas cajas y un espacio vacío. Las carracas eran naves mercantes, pero esta parecía diseñada más para transportar hombres. Tristan avanzó en silencio, buscando una hamaca vacía con una pared a su espalda. Fortuna había disfrutado con el esparcimiento de verlo coaccionado antes, pero ahora, ante la sorpresa, la diosa estaba recordando en su interior sentirse ofendida en su nombre.

A su edad —reflexionó Fortuna—, solo un desliz sería suficiente para romperle la cadera.

¿Así que puedo torcerme un tobillo antes de los exámenes? —susurró Tristan, con cuidado de no despertar a ningún marinero, mientras soltaba las correas de cuero de su armario y lo colocaba en el suelo—. Creo que no.

La suerte suele ser más cruel con él cuando se usa para dañar a otro.

Toda ofensa menor debe ser vengada, sin importar cuán pequeña sea —dijo Fortuna con tono desaprobador.

Él puso los ojos en blanco ante ella. Incluso los dioses más humildes respiraban arrogancia, sin aprender nunca las virtudes del mendigo. Era en su naturaleza, sospechaba Tristan, y la naturaleza de los dioses no cambiaba. Fortuna seguía siendo la misma ahora que cuando la había conocido, nada más que una niña aterrorizada en fuga. Los años que habían compartido no la habían cambiado en lo más mínimo.

“Lo pensaré,” mintió.

Ella bufó.

“A veces creo que tu sangre es fría como la de un lagarto,” se quejó. “¿Nada te impulsa a buscar venganza?”

Tristan sonrió sin alegría, pensando en los cinco nombres gravados en la médula de sus huesos. Su Lista.

“Solo una cosa,” respondió. “Y está muy lejos de este barco.”

Luego echó un vistazo alrededor, cauteloso de haber hablado tanto en lo que otros verían como aire vacío. Los pocos marineros aquí abajo seguían durmiendo, para su alivio. Hablar con lo invisible era una buena manera de descubrirse como un refugiado — o como un lunático, aunque admitía que algunos días esa línea era muy delgada. Fortuna suspiró, luego le hizo un gesto para que se acomodara en la litera. Como lo había hecho durante años, velaría por su sueño. Él sonrió de nuevo, esa vez de verdad, y se metió bajo las mantas. De espaldas a la pared y con una diosa cuidando de él, el ladrón cayó en un profundo sueño.

--

Tristan despertó con el sonido de un hombre tosiendo.

“Con compañía,” susurró Fortuna en su oído.

No podrían haber pasado más que unas pocas horas desde que se quedó dormido, temprano en la mañana. Sin embargo, la luz de una linterna — el resplandor frío, señal segura de que el aceite estaba mezclado con polvo de piedra de palisa para dar un reflejo de la pálida luz del Destello — lamía los costados de la bodega, sostenida por un marinero barbudo que guiaba una banda de mendigos. El que había tosido fue el primero en aparecer, un anciano sin dientes que aún se aferraba a la boca. Fue desplazado por un hombre corpulento con expresión severa, con un chaleco de cuero que dejaba los brazos al descubierto, revelando patrones intrincados de tinta. Menor Mano, lo reconoció Tristan, observando los tatuajes. Este había sido un rompedor de piernas.

“Cuidado,” advirtió el marinero en voz baja al hombre grande. “Cualquier pelea en la Bluebell te costará la vida y te arrojaremos por la borda. Sin advertencias, sin segundas oportunidades.”

El rompepiernas frunció el ceño y miró con ira al marinero.

“Sigue caminando, capa negra,” dijo.

El marinero resopló, alcanzando la pistola a su lado.

“Eres uno de los de pago, no de los recomendados,” replicó. “Si vuelves a hablarme mal, te meto un tiro entre los ojos.”

El rostro del hombre grande se retorció de ira, dejando al descubierto su nariz rota y el aspecto árido típico de su rostro azlante, pero con un gruñido se apartó y se fue tambaleando.

“Lo sabía,” murmuró el marinero, luego dirigió una mirada fría al resto. “Las mismas reglas se aplican a ustedes. No me hagan repetirlo.”

Ninguno de los que quedaban parecía dispuesto a desafiarlo. Una pareja, que segura serían pareja por lo unidos que estaban, apartó la vista del marinero como si temieran ser golpeados, mientras una muchacha de la misma edad de Tristan parecía a punto de llorar. Eso hacía que los dos que mostraban indiferencia ante el conflicto destacaran aún más. Una anciana con gafas, medio dormida y aparentemente ajena a todo, y a su izquierda un Tianxi de mediana edad que no parecía

impresionado. Tristan observó la postura de los hombros del hombre y la forma en que se mantenía derecho, con los labios apretados. Soldado.

—Vamos, entonces —gruñó el marinero—. Encuentra un lugar donde dormir. El resto llegará en unas horas.

Se desplazaron con cansancio, revelando a los últimos tres que permanecían en la fila tras ellos: un joven rubio con aspecto de la ciudad, observando su entorno con una curiosidad educada, y un par de hermanas Tianxi de unos cuarenta años. Ambas mujeres, con cabello oscuro recogido en coletas bajas y con las cabezas rapadas a los lados. La corteza del corte las habría delatado como chicas Meng, incluso si sus sonrisas no revelaran dientes teñidos de azul. Era costumbre de los miembros de Meng-Xiaofan masticar mechones de dewroot, una hierba fragante que se decía calmaba el dolor y agudizaba la mente, a costa de teñir los dientes y, a veces, las lenguas de azul.

Mientras los recién llegados se acomodaban en la bodega, algunos de ellos despertando a marineros enfadados, una de las hermanas lo sorprendió mirándolos y lanzó una rápida mirada que desembocó en una risita. Se acercó a su hermana en un susurro, y ambas se volvieron para ofrecerle esa sonrisa porcelánica de Meng, en blanco y azul. Tristan se enderezó, tensando los músculos mientras ellas caminaban hacia él con ropas abiertas de estilo Tianxi, sobre una práctica túnica y pantalones de la ciudad que arrastraban.

—Hazme cosquillas, Ju, debe ser un sueño —sonrió la hermana más cercana—. Mira lo que tenemos aquí.

La otra hermana lo observó de arriba abajo, haciendo ostentación de ello.

—En la esquina, uñas sucias y un nido de cuervo en el cabello —se rió ella—. ¡Ay, Lan! Huele a rata aquí, ¿verdad?

—No le falta razón —concedió Fortuna, siempre la traidora.

No obstante, los hombros de Tristan se relajaron, pues aunque sus palabras rozaban la ofensa, aquella era la forma de una conversación familiar; tenía la sensación de estar en un terreno conocido. Adoptando una expresión maliciosa, se burló en silencio. Al oler el aire con teatralidad, exclamó sorprendido:

—Y pensaba que olía a polvo y cadáveres flotantes —les dijo—. Pero quizás sea esa hierba maloliente que han estado mascando.

No hacía falta que ninguna de las dos partes hiciera el Signo de la Rata, no cuando ambas tenían un aspecto de Meng que parecía marcarles con fuego y, en un instante, lo habían estudiado bien. Pero valía la pena dejar en claro que ninguna de ellas era simple polvo del Muro: eran de las cloacas, de los lados oscuros de la ley. La admisión tácita de él, que conocía los principales oficios de los Meng— drogas y asesinatos pagados—, las animó visiblemente. Solo un tonto hablaría de confianza entre ratas, pero la cloaca compartía un idioma. El ladrón las invitó a sentarse, aún con una sonrisa en el rostro, y observó la elegante forma en que cruzaban las piernas. Pensó que eran vendedoras, o alguien con autoridad. Esa actitud solo se aprende.

—Soy Tristan —se presentó.

—Nosotros ya tenemos vuestros nombres —dijo Ju.

Probablemente no eran los reales, pero a él no le importaba. Era solo sentido común de su parte, y quizás habría hecho lo mismo si no tuviera sus propios datos escritos en la lista de pasajeros de la Guardia.

—Así es —dijo Tristan—. Y el placer de contar con su compañía, a una hora inesperada, además.

Recibió dos miradas inexpresivas que parecían cuestionar lo que implicaba esa declaración.

—Lo más interesante es que ya estaban aquí, Tristan —respondió Lan—. Nos dieron una hora exacta para llegar, después de que el dinero habló.

Una pregunta implícita propia, con un ofrecimiento de negocio añadido. Dado lo poco que sabía de todo este asunto, el ladrón no dudó en intercambiar información: solo podía beneficiarle. Como era de rigor entre las ratas, pagó por adelantado.

“Un maestro puso mi nombre en la lista,” les dijo. “No sé si es una recompensa o un castigo.”

Uno de los gemelos, Ju, tenía una pequeña cicatriz en la piel cerca de su oreja izquierda, notó. Era un poco profunda para tratarse de un error de afeitado, lo cual resultaba interesante, pero principalmente le servía para distinguirlas en un aprieto. Ambas hermanas hicieron una mueca.

“Un maestro duro, si es que podrían pensar que el Dominio de las Cosas Perdidas es una recompensa,” dijo Ju. “Pero tampoco cualquiera puede; si logran enviarte en esta nave solo con su palabra. Nosotros pagamos por ello, ves. Necesitamos el premio.”

Masticó el interior de su mejilla. La ‘recompensa’ por aprobar las pruebas, aparte de no morir de una forma horrible, era ser incorporado de inmediato a las filas de la Guardia. Debían tener la muerte persiguiéndolos, para creer que formar parte del Meng-Xiaofan no sería suficiente para garantizar su seguridad.

“Dejé un puente ardiente atrás,” admitió cuidadosamente. “Sin darme cuenta, gané la ira de la Roja.”

Lan se inclinó, de repente sonriendo de nuevo.

“Bueno, eso ahora te convierte en amigo de estas pobres hermanas,” dijo. “No somos admiradores de la Hoja Roja. No desde que nos enviaron a abrir un puesto en la Bruma.”

Tristán inclinó la cabeza, curioso, y trazó suavemente con un dedo su garganta. Ju negó con la cabeza.

“Mercancía,” le dijo. “Polvo, chicle de ballena y amapola en pipa.”

Soltó un silbido bajo.

“La Roja dirige los salones para los que están en la Bruma,” dijo. “¿Pensaste que el Meng se quedaba en los muelles?”

“Se rumoró en las República que deberíamos eliminar a los intermediarios,” dijo Lan con tono amargo. “Advertimos contra ello, les dijimos que era un error, pero ¿por qué escucharnos? Solo vivimos aquí.”

“Y cuando la Roja perdió la cabeza de sangre, ellos recortaron sus pérdidas,” maldijo Ju. “El lagarto pierde la cola en las fauces del tigre, nos dijeron.”

Era el turno de Tristán de hacer una mueca. Leyendo entre líneas, el Meng-Xiaofan había soltado a las personas enviadas a la Bruma como un fallido intento de invadir el comercio de la Hoja Roja. Tirados en sus cabezas como una concesión para que las cuchillas se guardaran y los negocios continuaran como de costumbre.

“No quedan muchos de ustedes,” dijo.

“Dos,” respondió Lan con tono cortante.

Y él los observaba. No era de extrañar que estuvieran desesperados y aceptaran las pruebas como una salida. Era una charla sombría y no sabía qué camino seguir desde allí. Con una gracia que solo le reafirmaba que habían tenido roles frontales, las gemelas desviaron la conversación del abismo.

“Pensar que por las ramas que pagamos las comodidades deberían ser mejores, al menos,” suspiró Ju, mirando alrededor.

Tristán ocultó su sorpresa. Un rama de oro equivalía a tres de plata, y cada uno de estos valía treinta y cuatro raíces de cobre: pocas veces había tratado con arboles, mucho menos con sus hermanas doradas. Lo cual le hizo percibir un detalle de interés, porque aunque podía creer que hermanas del Meng podrían juntar ramas, él no era el único que había llegado esa noche. La mirada del ladrón se desplazó hacia el resto de los diez que habían sido guiados, recorriendo al rompepiernas y a la mujer con gafas, pero deteniéndose más en el anciano sin dientes, la niña temblorosa y la pareja. La ropa de estos últimos estaba desgastada, vieja. Todos eran delgados. Tristán dudaba que pudieran juntar una plata entre todos.

“Existen otras maneras de ingresar,” dedujo.

Lan dirigió su mirada hacia el anciano y ella se echó a reír.

“Eso estás equivocado,” dijo ella. “Lo vimos asentarse con nuestros propios ojos, aunque pagó en libros en lugar de monedas. Pero no estás equivocado respecto a la mayoría de lo demás.”

“Ya están pagados,” sonrió Ju, sin alegría. “Es por apuestas, entiendes. Hasta dónde llegarán, qué tan bien les irá. Grandes sumas por grandes hombres.”

Las manos de Tristan se apretaron. Una ira antigua y conocida se encendió en su interior.

“¿Lado del palacio?” preguntó él.

Lan negó con la cabeza.

“En la cuneta,” dijo ella. “El Menor Mano aumentó su presencia este año, pero hay otros.”

La ira se fue suavizando. No eran infanzones los que se divertían con vidas de calle, sino monstruos haciendo lo que los monstruos hacen. El ladrón tarareó, observando las llegadas con ojos renovados.

“Entonces, ¿sobre quién me equivoqué?” preguntó.

Ju arqueó una ceja con gesto despreocupado.

“¿Quemaste un puente, dijiste?” invitó ella.

Justo, pensó Tristan. Había obtenido más de ellos que ellos de él.

“Robó a alguien en un contrato para los hermanos Orelanna,” dijo. “Terminó en un cadáver.”

Vio cómo cambiaba su postura, cómo aumentaba la precaución, pero también surgía una cierta estima. Antes, había sido solo un recurso. Ahora, un posible aliado.

“Eso seguramente acabará con la vida de un hombre,” dijo Lan con amabilidad.

Ju aclaró su garganta.

“El rubio bonito, ese también pagó su paso a bordo,” dijo ella. “Se llama Brun.”

Le llevó un momento a Tristan localizar en la multitud al joven en cuestión, escondido entre cajas. Con la espalda apoyada en la pared, desde un ángulo que le permitía ver gran parte de la sala sin ser visto. No eran precisamente costumbres de tendero, esas. Brun le lanzó una mirada y le sonrió en respuesta. La ladrona miró en otra dirección primero.

“Es peligroso ese,” murmuró Fortuna, apoyada contra la pared. “Y tiene a alguien con él. Son ruidosos.”

Tristan se tensó. Para la Doncella de las Apuestas, alguien así sería alguien como ella. Otro dios. Sabía que habría otros con contratos en el barco, pero no era una sorpresa agradable.

“Alguien a quien tener cuidado,” advirtió el ladrón a las gemelas.

Se miraron, luego Ju asintió en señal de agradecimiento. No preguntaron por qué daría esa advertencia. Preguntar sobre el contrato de alguien sería una curiosidad de gato muerto.

“De noche dejan entrar a los desesperados,” dijo Lan, “pero pronto llegarán los otros. Los verdaderos contendientes.”

“Los infanzones,” afirmó Tristan con firmeza. “Tienen asientos prometidos en virtud de antiguos pactos.”

Incluso una rata como él sabía eso, en su mayor parte porque los propios infanzones lo pregonaban. Las pruebas anuales en la isla eran una forma para que los jóvenes aristócratas demostraran su destreza y valentía, enfrentándose y compitiendo por la supremacía. Los nombres de quienes participaban y lo lejos que llegaban se hacían públicos, divulgados por pregoneros en el Festival del Cárdeno todos los años. Se rumoraba que llegar hasta la tercera prueba podía favorecerte en la línea de sucesión.

“Quince,” estuvo de acuerdo Ju. “Y ojo, los nobles ni siquiera llenarán la mitad de esas plazas. Llevan guardias y sirvientes.”

Hizo una mueca. Otra cuadrilla de la que mantenerse alejados.

“No valen la pena,” desestimó Lan. “Los nobles jugarán seguro, llegarán hasta el inicio de la tercera y luego buscarán la salida.”

Había dos de esas pruebas. Los ensayos en el Dominio de las Cosas Perdidas estaban destinados a forjar reclutas para la Guardia, pero el infanzón promedio no tenía intención de renunciar a títulos y riquezas para unirse a los oscuros. Así, en cambio, seguían los caminos de retirada que la Guardia había dispuesto en la isla, lugares seguros donde un participante podía desistir de seguir adelante.

“Son los candidatos recomendados los que serán peligrosos,” continuó Lan. “Ellos buscan el premio y no dudarán en matar para conseguirlo.”

Tristán esbozó una sonrisa tenue, mientras la mujer mayor parecía algo apenada. Él, después de todo, casi seguramente era uno de esos candidatos recomendados.

“He oído que la mayoría son extranjeros, generalmente,” dijo el ladrón, devolviendo la gracia anterior.

“Yo también escuché eso,” Asintió Ju apresuradamente. “Aunque no estoy seguro de cuántos habrá.”

“Cada año hay, como máximo, cien plazas disponibles,” observó Lan, “y supimos que esta vez se ocuparon setenta y tres. Sin embargo, hay dos barcos, y uno partió ayer.”

La otra gemela arqueó una ceja hacia él.

“¿Echaste un vistazo a la lista de pasajeros?”

Tristán negó con la cabeza.

“Pero la vi siendo leída,” le dijo, “y no debe haber pasado mucho tiempo. Unos treinta nombres, aproximadamente.”

Las gemelas murmuraron. Igual que él, estaban curiosas por saber cuán numerosa sería su convocatoria. La conversación, después, se deslizó por un tono amistoso pero ligero. Ninguno de ellos tenía más interés en intercambiar información, y aún era demasiado pronto en la aventura para comenzar a conversar sobre alianzas que podrían significar la vida o la muerte cuando los cuerpos empezaran a caer. Las gemelas se retiraron pronto, recorriendo la bodega para saludar a los demás – en particular a la pareja, notó él. También debería hacer lo mismo, explorar a los otros en busca de enemistades o alianzas. El gran grandullón dormía y no era alguien con quien quisiera trabajar, además, así que examinó fríamente a los demás.

Los dos hombres de cabello gris estaban fuera de la carrera por ahora. El anciano sin dientes seguía tosiendo, con aspecto de estar al borde de la tumba, y aunque la anciana parecía enérgica, llevaba gafas. Si se rompían, bien podría quedar ciega. Poco dispuesto a lidiar con la pareja cuando los gemelos ya estaban en ello, Tristan consideró a los últimos tres: ‘Brun’ debía evitarse, se atendió la advertencia de Fortuna, quedando entonces la chica temblorosa en una esquina y el Tianxi con porte de soldado. La primera, decididamente. Cuando se acercó a ella, su cabello rizado y castaño vibraba junto a ella, y le ofreció una sonrisa que ella parecía forzar. Se estremeció al apoyarse contra la pared. Con esa barbilla afilada y esos ojos húmedos, parecía un ave aterrorizada.

“Tristán,” se presentó.

“Marzela,” respondió.

El ladrón había mostrado poca empatía, ya fuera en dar o en recibir, desde que enterró a su madre, pero sabía fingir bastante bien esa apariencia.

“¿Noche difícil?” preguntó suavemente.

La muchacha tembló por completo, tragando saliva con dificultad.

“No debería estar aquí,” exclamó, incapaz de contenerse. “Ni siquiera es mi deuda, pero dijeron...”

“Te obligaron a venir,” afirmó Tristan.

Marzela asintió, con los ojos brillando por las lágrimas.

“Hace años que no veo a ninguno de mis padres, pero los prestamistas dijeron que no importaba,” susurró. “La ley dice que también es mi deuda.”

“¿Intentaste escapar?” preguntó, observándola detenidamente.

Ahora que estaba más cerca de la muchacha, podía notar que había algo... diferente. Más que solo miedo. Ella seguía onflinchando sin razón aparente, como si pudiera escuchar o ver algo que él no alcanzaba a percibir.

—Tenían pistolas —respondió Marzela.

Pensó Tristan que tendría mejores posibilidades con balas que con pruebas. Debería haber huido. Sus manos aún temblaban, una frotándose el antebrazo como si intentara calmarse, y eso fue lo que le permitió juntar las piezas. No solo estaba masajeándose, sino que trazaba un patrón con un dedo. Algo complejo, un símbolo con líneas intrincadas. Una y otra vez, lo repetía sin siquiera notar, incluso mientras le decía que le habían prometido que la deuda sería perdonada si lograba sobrevivir a la primera prueba. Tristan sonrió y asintió en los lugares adecuados, su mente girando en torno a ello. Marzela tenía una compulsión, un tic. Uno de los signos más evidentes de que alguien acaba de firmar un contrato y su dios tenía un control firme sobre él.

El ladrón debería saberlo, le había costado años desaprender el hábito de lanzar una moneda que ni siquiera existía.

—Todo estará bien —mentió Tristan con tono tranquilizador—. Seremos muchos en la isla. Con armas y cantidad, habrá cierta seguridad.

Marzela se contrajo de nuevo, mirando al techo antes de detenerse a sí misma. ¿Un contrato que potencialmente mejorara sus sentidos, quizás? Lo que fuera, parecía estar aprovechándolo en todo momento, y eso era peligroso. Primero para ella, pero con el tiempo quizás también para otros. El ladrón le sugirió que intentara dormir antes de levantarse, pero ninguno de los dos creía mucho en su promesa de hacerlo. Luego, Tristan se acercó al soldado, quien se había instalado contra una caja y estaba sirviéndose de un matraz de cobre. El aroma fuerte y barato del licor flotó en el aire en cuanto él se acercó, y el Tianxi le regaló una sonrisa sardónica.

—¿Mi turno, entonces? —dijo el hombre—. Al menos no eres tan evidente como los gemelos.

Tristan se sentó lentamente, con cautela para no provocar a un hombre que ahora veía armado. La vaina de su espada sobre las piernas del Tianxi estaba vacía, pero bajo su abrigo se adivinaba el bulto de una pistola. Y apostaría mi vida a que tiene más cuchillos escondidos que yo.

—Pronto zarparemos —respondió Tristan, atrapado pero sin remordimientos—. Antes, quiero conocer el terreno.

—Es práctico de tu parte —dijo el hombre, sin ninguna ofensa—. ¿Cómo te llamas, chico?

—Tristan.

—Yong —replicó el otro, ofreciendo una ligera inclinación en señal de saludo.

Tristan le devolvió la misma cura, cauteloso de aquel extraño que bebía alcohol barato sin tino, pero con ojos todavía agudos.

—No tienes de qué preocuparte por mí, Tristan —dijo Yong con claridad—. No me enviaron aquí para jugar con trucos peligrosos.

Los ojos del ladrón se fruncieron. Mentira, en parte, porque los gemelos le habían contado que alguien había pagado para subir a bordo, y Yong no había sido uno de ellos. Decidiendo que la actitud despreocupada del hombre permitía un riesgo, optó por presionar.

—Aún así, alguien te envió —dijo Tristan—. Otro compró tu puesto.

El Tianxi hizo una mueca.

—¿Te dijeron eso los gemelos? —dijo, señalando con la barbilla a los otros—. Mejor que no confíes demasiado en ellos.

Tristan no confiaba en nadie, quizá solo en Fortuna, pero no vio necesario decirlo.

—¿Y por qué es así?

Yong bajó la voz.

—¿Sabes por qué hablan tanto con la pareja? —preguntó.

Tristan negó con la cabeza.

—El esposo, Felis, tiene escamas en el brazo y ha estado... —

Yong se quedó callado, simulando rascarse el brazo, y el ladrón no pudo esconder del todo su repulsión. Las escamas que parecían piel muerta y los constantes rasguños eran síntomas familiares para él, como los serían para cualquier niño del Muro: el hombre era un adicto al polvo. Los mellizos no habrían pasado por alto eso, no con el polvo siendo una de las mercancías que promovía Meng-Xiaofan. Si entra en abstinencia y ellos tienen polvo sobre ellos, está tan ligado a él como si fuera propio —pensó Tristan—.

—En el Muro no hay zapatos limpios —finalmente dijo el ladrón, citando medio dicho antiguo.

—La mierda se pega a todas nuestras suelas —añadió la otra mitad. No era absolución ni perdón, pero la culpa era como la miseria: una de esas cosas raras de las que siempre parecía haber bastante para repartir. Era mejor ser cauteloso con ella, y también con el Tianxi. Por eso había formulado su respuesta con una pregunta pendiente.

—Todo lo que quiero es llegar a la tercera prueba —dijo Yong con franqueza—. No me interesa nada más.

—¿Ni un manto negro? —preguntó Tristan con indiferencia.

Con demasiado desdén, se dio cuenta en silencio, mientras los ojos de Yong se ensombrecían.

—Quizá me lo ponga si me lo ofrecen —dijo el hombre—. ¿Y tú?

¿Honestidad o vaguedad? Finalmente decidió por la honestidad. Sus intereses no estaban en conflicto y siempre era mejor mantener una buena relación con hombres armados y conocedores de cómo usarlas.

—No tengo opción —admitió el ladrón—. Voy hasta el final.

—Parece que tenemos algo en común —dijo Yong con soltura.

El ofrecimiento quedó en el aire. Sabía que aún era pronto para comprometerse con alianzas, y sin embargo, no lo rechazó. ¿Qué probabilidades había de conseguir una mejor oferta? Era una rata, no el tipo de alma codiciada que pudiera escoger a sus compañeros cuando llegara la verdadera recomendación. Él quiere algo —decidió el joven—. Estoy en forma y parezco capaz de defenderme en una pelea, pero quizás sería mejor esperar hasta que lleguen los demás. Eso implicaba que Yong buscaba algo que una rata podía ofrecer, y lejos de inquietarlo, esa idea le resultaba tranquilizadora. Un aliado sin utilidad sería solo comida. La sospecha de que no sería más que un simple cuerpo en peligro disipó sus dudas.

—Parece que sí —concordó el ladrón.

El Tianxi sonrió.

—Bien —dijo—. Entonces, tengo una propuesta.

Se levantó una ceja en Tristan. Ahora venía el precio.

—Obtuve el nombre de un marinero en esta nave al que le gustan los obsequios —dijo Yong.

Alguien que podía ser sobornado. Siempre útil.

—¿Y qué se obtendría por ese regalo? —preguntó Tristan.

—Sentarse en un rincón mientras los otros viajeros embarcan —dijo el Tianxi—. Que se le den nombres e historias por parte de nuestro amigo.

Por un instante, Tristan se preguntó si lo estaban engañando. Lo enviaban a obtener información que podría salvarle la vida, entonces, ¿por qué Yong permitiría que alguien más la aprendiera en su lugar? No tenía sentido, a menos que... —Es un asiento comprado —comprendió Tristan—. No lo dejarán salir de la bodega, ni siquiera por un soborno. Pero yo tengo una recomendación, así que quizás sí. No era una rata lo que Yong buscaba, sino alguien que los blackcloaks no confinarían en la parte baja del barco.

"Me gusta él," decidió Fortuna. "Es inteligente."

Yong volvió a tirar de su frasco de cobre, dejando que el aroma del licor se extendiera. También es probable que sea un borracho, pensó Tristan, aunque la diosa no consideraría eso una mancha en el expediente de nadie. Pero un borracho era algo con lo que podía lidiar, así que lo haría.

"Entonces, vamos a conseguirle ese regalo a nuestro amigo," sonrió el ladrón, y el soldado le devolvió la sonrisa.

--

Lucía parecía bastante severa para tratarse de una mujer que aceptaba sobornos. Su rostro mostraba una expresión severa, típicamente adoptada por quienes se sienten incómodos y buscan desquitarse con alguien.

"Vas a pelar papas," le dijo el marinero. "Así que siéntate en el banco y cállate."

Como Lucía tenía una fuerza considerable en músculos y grasa abdominal, mientras que Tristan prefería evitar discusiones con quienes podrían partirle el cuello, se sentó obedientemente en el banco y guardó silencio. El marinero le entregó un cuchillo para pelar y dejó caer sobre su regazo una papa malformada, gruñendo satisfecho cuando empezó a pelarla con destreza. Estaba en el tercer —una pequeña cantidad comparada con el barril de cientos que estaban procesando— cuando finalmente se dignó a dirigirse a él.

"Llegarán en dos grupos," dijo Lucía. "Los extranjeros primero, todos de una vez, y luego los criados nobles."

Aunque todavía le lanzaba miradas como si le hubiese metido las manos en los bolsillos, en lugar de lo contrario, la simpatía de Tristan por el marinero no podía evitar aumentar. Quien tuviera desprecio tan abierto hacia los infanzones no podía ser completamente malo. Sin embargo, captó su manera de hablar y un cuestionamiento se le quedó en la punta de la lengua. La mujer lo notó, y allí quedó, por suficiente tiempo.

"Suéltalo," gruñó ella.

"Dijiste extranjeros," dijo él. "No recomendable."

Ella asintió, mostrando una aprobación por primera vez desde que se conocieron.

"La mayoría de los años solo aceptamos extranjeros recomendados," coincidió Lucía, "pero este año es diferente. Algunas plazas fueron entregadas para que las empresas puedan vender."

La frente de Tristan se arrojó.

"¿Por qué?"

"Eso sería lo más importante, chico," respondió el marinero, perfeccionando la piel de la papa con su cuchillo, "es la razón por la que te preguntas por qué estás en este barco cuando el mes pasado partió uno lleno de recomendados de Sacromonte rumbo directo a la Guarida."

Su ceño se frunció aún más. La Guarida era el nombre común de la gran isla-fortaleza que albergaba a la Guarda, y se decía que era como una ciudad de capas negras. Los vigilantes entrenaban allí en un gran campamento bélico.

"Yo soy el único de la ciudad que se sometió a las pruebas," dijo Tristan lentamente.

"Al menos eso trae una recomendación," restó Lucía con una encogida de hombros.

Él se dejó caer hacia atrás sorprendido. ¿Qué planes tendría Abuela? Cuanto más aprendía, más inescrutable se volvía su motivo. Su compañero perdió interés en la conversación y, con un gesto seco, le indicó que continuara pelando. Permanecieron en la cubierta por una hora, trabajando en silencio hasta que comenzaron a llegar más. La mayor parte de la primera oleada llegó en grupo, escoltada por un par de capas negras. Tristan los observó con atención desde su rincón en la cubierta. Lucía, pese a que parecía no disfrutar de nada de esto, cumplía sus promesas sin reparos.

"¿Ves a los Aztlangs?"

Tristan asintió, su mirada desplazándose hacia las dos únicas personas del grupo cuyas pieles eran del tono marrón claro típico de quienes proceden del Reino de Izcalli. Una mujer en sus veinte años y un muchacho que no parecía tener más de dieciocho, igual que Tristan. El joven tenía ojospálidos, pero lo que llamaba la atención era lo inquietantemente perfecto que parecía. Cada parte de su cuerpo, simétrica y proporcionada, como si hubiera sido esculpido en lugar de nacido. Eso le producía un escalofrío al mirarlo.

"No sé mucho sobre la muchacha, pero el chico se llama Tupoc Xical," dijo Lucía. "Recomendado, es una especie de prodigio entrenado por la Sociedad del Leopardo. Además, tiene un contrato."

No sería un aliado probable entonces. Las sociedades de Izcalli eran sanguinarias, todas ellas, siempre librando sus famosas guerras florales.

"Los dos Ramayans fueron recomendados porque tienen familiares en la región negra," continuó el marinero, señalando a un par de jóvenes.

De los muchos pueblos del Someshwar imperial, los Ramayans eran aquellos que Tristan conocía mejor: controlaban las grandes ciudades en la costa sureste del imperio, por lo que sus barcos de comercio a veces llegaban hasta Sacromonte. Sin embargo, nunca había visto a ninguno tan vistoso como estos dos. La muchacha del par no llevaba menos de tres pistolas en las caderas, lo que la hacía mucho más imponente que el chico regordete que parecía a punto de desfallecer.

"Entonces tienes a los tres de nuestro rincón del Mar Trebiano," gruñó Lucía.

Una muchacha con acné desafortunado vestía la chaqueta y el chaleco típico del Rectorado de Asphodel, uno de los vecinos más cercanos de Sacromonte, y un Raseni velado de pies a cabeza en gris se mantenía cuidadosamente alejado de ella. No era sorprendente, dado que Rasen y Asphodel se decía que estaban en guerra constante. El último era un hombre alto y delgado, con círculos oscuros alrededor de sus ojos.

"El hombre también es de Asphodel," dijo en voz baja Lucía. "Leander Galatas, ex marinero. Ten cuidado con él."

Tristan inclinó ligeramente la cabeza, con ojos inquisitivos.

"Su recomendación vino de la Guilda de Navegantes," dijo ella. "Lo más probable es que conozca algunos Signos."

El estómago del ladrón se apretó. Los doctos insistían en que los Signos no eran realmente magia, solo un modo en que los iniciados manipulaban la Gloam, pero Tristan había escuchado historias: vientos que surgían de la nada, hombres incendiados con una sola palabra. Y aquellos que usaban las artes extrañas enloquecían, vaciándose por dentro, devorados por la Gloam. Asintió en silencio. Las primeras llegadas desaparecieron en el interior del barco, pero Tristan permaneció, esperando mientras las últimas cuatro personas extranjeras entraban durante la hora siguiente. Primero, un grupo de tres malanies de piel oscura, una pareja más joven cuyo porte y vestimenta exudaban 'dinero', con una mujer mayor con cicatrices que parecía una luchadora detrás de ellos. Un guarda, dedujo.

"Las dos más jóvenes fueron recomendadas," dijo Lucía. "Escuché que vendrá una espadachina malani, pero no debería ser una de esas dos."

La última en llegar fue Tianxi, una muchacha de su edad con una espada a la cadera y un mosquete colgado en su espalda. Sus ojos tenían un tono plateado sorprendente.

"Fue recomendada por la Rookery," proporcionó la marinera. "Y seguro tiene un contrato."

Los ojos de la extranjera inspeccionaron la cubierta, ni apurados ni lentos, y por un momento Tristan juraría que quedaron fija en su cabeza. Luego, ella siguió su camino, desapareciendo por debajo de la cubierta. Lucía frunció el ceño.

"Se supone que hay una más," dijo, "pero a este ritmo, los infanzones llegarán primero."

Su predicción se cumplió. Pero media hora después, los hijos e hijas de los nobles de Sacromonte llegaron en una colorida procesión. Debían ser unas cincuenta personas abarrotando los muelles, algunos a caballo y la mayoría en carruajes que los sirvientes en librea comenzaban a descargar de inmediato. Los dos carruajes de la delantera no tenían colores que reconociera.

"Villazur y Ruesta," le dijo Lucía.

Tristan tarareó. Conocía a los Ruesta, una familia leal a una de las grandes casas de Sacromonte, aunque no recordaba cuál. Su riqueza era famosa. Sin embargo, nunca había oído hablar de los Villazur.

"La chica de Ruesta es una puta idiota," gruñó el marinero. "Trajo consigo a tres personas, y ¿puedes creer que dos de ellas son criadas?"

"¿La Villazur?" preguntó.

"Eso es mejor," admitió Lucía. "He oído que tiene algunos cazadores Malani."

Estaba a punto de preguntar por el resto cuando los sirvientes de Villazur se apartaron, revelando una escena que le cortó el aliento. Pintado en los costados de las últimas dos carretas había un

árbol rojo sobre un fondo azul.

"Cerdan," susurró Tristan.

Lucía asintió lentamente.

"Hermanos," dijo ella, "con un ayudante y—"

No escuchó el resto de la frase porque la sangre le bullía en los oídos. Ayudar a bajar algunos residuos nobles de su carreta era un hombre que Tristan Abrascal reconocería incluso si le arrancaran los ojos. Habían pasado los años, así que su cabello era más largo y la barba tenía canas, pero la cicatriz de quemadura cerca de la oreja seguía siendo la misma. Tristan aún podía oír su tono despreocupado, oler la pólvora y la sangre. Escuchar a su padre llorar. Cozme Aflor. Esa era la razón por la que la Abuela lo había puesto en ese barco, enviado a esas pruebas. Ella le estaba entregando a dos de los Cerdan y al hombre cuyo nombre aparecía en la parte inferior de su Lista.

La mano de Fortuna en su hombro lo devolvió a la realidad.

"¿Qué te pasa, chico?" preguntó Lucía, con impaciencia. "¿Qué te sucede?"

"No es nada," mintió Tristan. "Nuestro trato termina aquí. Gracias."

El marinero parpadeó con sorpresa. Introdujo la navaja que apenas pelaba su dedo en su mitad de patata, con los dedos apretados, y la dejó caer de nuevo en el barril.

"Aún falta una," dijo ella. "La esperaremos hasta al menos mediodía."

"Con esto basta. Una no marcará la diferencia."

"Bien," gruñó ella. "Pero más te vale no venir después quejarte."

Él negó con la cabeza y se despidió rápidamente, queriendo estar en la bodega antes de que llegaran los nobles. Fortuna caminaba a su lado, con su vestido rojo arrastrándose por el suelo como un río de sangre, y Tristan forzó su mandíbula para relajarla.

"Me equivoqué," dijo en voz baja mientras alcanzaba la cima de las escaleras.

"¿En qué?" preguntó suavemente Fortuna.

"Solo hay una cosa que me impulsa a buscar venganza," susurró Tristan Abrascal, "y parece que no está muy lejos de este barco después de todo."

Revision #1

Created 12 April 2026 09:13:55 by Michael Brown

Updated 12 April 2026 09:13:58 by Michael Brown